

En busca de una patria en libertad

In: Askoren artean: *Caracas'ko Eusko Etxea. 50 aniversario. Centro Vasco de Caracas, s.n., s.l., 2000: 7-8.*

Este corto relato del escritor euskeldun Martín de Ugalde delata la veteranía del periodista, que como tal ejerció en Venezuela como exiliado, y en una perfecta parábola encierra las vivencias de todos los hijos de Euskadi, que aventados por una guerra de su suelo patrio esparcieron sus mejores sentimientos por todo el mundo, escrimiento el grito de Iparragirre "Eman da zabalzazu munduan frutua..."

Hace ya medio siglo que llegué a Venezuela sin oficio y con la alegría de reunir una familia rotapor la intolerancia y la guerra; aquí pude aprender a escribir. En "Elite", con Don Juan de Guruceaga, Paquito Villanueva, Alfredo Armas Alfonzo y Doña Lucila Palacios, y luego en "El Nacional" con sus muchos maestros de letras, de civismo y democracia.

Nunca podré llegar a agradecer bastante esta suerte.

Al enviar esta colaboración al Centro Vasco, rememoro mis primeras impresiones venezolanas, reproduzco algunos trabajos publicados en "El Nacional" escritor por el amor de Venezuela, con la nostalgia de su desarrollo, y para recuerdo de los que han venido después con idéntico afán de encontrar aquí la patria en libertad que yo hallé.

Ahora que ha quedado atrás el asombro de aquel reverbero de las playas de sal, de la selva espesa de silencios y los páramos desnudos que yo sentí en la veintena, cuando aquel entonces ya está más acá tres veces del tiempo de aquella edad de la experiencia de la tierra nueva y la sorpresa de la primera libertad; cuando la rebeldía del hijo de mi padre descubre las carreteras de tierra, los pueblos de polvo, el Cristo solo, y el lago cuadriculado de torres como roques chupando aceite a la gracia de Dios; los ríos crecidos y tensos; el esqueleto del campo minero atrapado en su cepo de alquitrán.

Ahora que ha quedado lejos aquel primer asombro inocente de las primicias.

Y uno ya no está solo, sino que estamos juntos los cuatro de la familia, rota muchas veces por las tropelías de un General carajito y panzón, y descubre que el sortilegio de América llena de indios con reloj de cadena era sólo un destello de purpurina.

Porque se me revela la naturaleza colosal habitada por personas con nombre y con hijos, muchos barrigoncitos de hambre dejados a la Voluntad de Dios, es un decir que yo he oído a Teodora mientras reunía con sus dedos reseco por la quemazón de la costra de sal con fango en pequeños montones que alguien viene luego a comprar en mayorista de a poco; porque aquí todo es menudo menos la tierra, el mar y la candela del sol, y no puede ser verdad que estas personas que viven de la esperanza puesta en el Gobierno tengan quienes cuiden de ellos para poder darles de comer completo, o al menos de mamar la lechecita tibia del pecho de su mamá al despertar de su interminable sopor del sueño que da el hambre.

¡Uno descubre en esta orilla de la isla Margarita, en la sabana, en el páramo, en el Lago de oro, tanta soledad!

Que es el hombre solo.

Abandonado en este resistidero de sol.

La primera noticia de Venezuela me llegó de muy niño en una colección de estampas pegadas a unas delgadas pastillas de chocolate, de cuyo nombre no me acuerdo con certeza, pero me suena a algo así como "Nelia" en el buen recuerdo de la marca del dulce interesando al niño en la historia del Correo, que es la del sufrido cartero de todos los pueblos del mundo, entre ellos un venezolano a caballo con bigote, ruana y sombrero que bien pudo ser el papá de mi amigo de más tarde Domingo, banqueano en los caminos de subir al pico Bolívar antes de que construyeran el teleférico.

Me quedó de las estampitas, entre otras, esta imagen delgada del cartero unido al nombre de "Venezuela".

Volví a toparme muy pronto con él en un mapa de América grande, de pared.

Estas señales me llegaron al tiempo de otras incontables de mi primera escuela, y se me hubieran extraviado con las demás en el camino de crecer si después de la caída de Bilbao en junio de 1937 no hubiera comenzado la cruz del destierro; salió mi hermano menor con el incendio de Gernika recogido por la solidaridad universal con destino a una colonia de la Unión Soviética; a los días salimos precipitadamente en un barco inglés desde Santander mi madre y yo llorando por mi padre extraviado en el trajín de organizar la evacuación.

Era la segunda estampita desde el 18 de julio de 1936.

Aunque dentro del mismo calor del verano, el mismo miedo de mi padre que nos cogieran los franquistas.

De Rusia, no sabíamos nada, todavía.

De Francia en aquellas circunstancias se han dicho muchas cosas, pero yo agradezco que, mi madre sujeta a mí y en la paz de no entender lo que nos decían en un cine dentro de un grupo grande rodeados de gente, se compadeciesen de nosotros; era de agradecer entonces esta lástima, y que nos repartieran galletas y leche y se comunicara con nosotros haciéndonos señas en francés.

La lengua internacional de la fraternidad humana.

Todo esto ocurría, me enteré entonces, en Château Chinon, Nièvre, que es adonde habíamos llegado. Aunque en la misma soledad de no saber de mi hermano ni de mi padre.

Al mes largo supimos que éste había conseguido saltar a un barquito de pesca ya abarrotado de hombres comprometidos saliendo del puerto asturiano de Musel, última oportunidad de escapar, y estaba otra vez en su puesto de lucha en Barcelona, adonde lo habían trasladado desde Bayona en tren de mercancías cerrado, porque para donde no habían llegado todavía los alemanes, los luchadores por la libertad éramos muy comprometedores. La labor de mi padre era buscar techo y comida para los huidos de Andoain, pueblo del que era concejal, y ahora el único del Concejo que quedaba con su sello y su tampón convertido en secretario ambulante del pueblo, para que nadie que viniera huido de él se sintiese abandonado del todo.

Así cumplió mi padre su misión municipal, dentro del esquema organizativo de socorro y ayuda del Gobierno Vasco.

Como recuerdo, me acompaña ahora, cuando escribo, el saquito de tela verde en que viajó este sello oficial con que garantizaba que la familia con hijos, el joven sin papeles, el impedido, era del pueblo y leal a las instituciones de la República. Porque, como decía él, en aquella confusión había mucho quintacolumnista haciéndose pasar por lo que no es. Y me pasó, el talego sin plata, un día de mucho sol en la terraza de la casa de Los Chorros, donde la cabeza que se guarecía debajo de la boina había comenzado a perder su rumbo.

El, ¡siempre tan despierto!

Se estaba limitando a regar la carretera de tierra, para que los carros y camiones no levantasen demasiado polvo; porque los almacenes CADA no habían llegado todavía. Si no lo hubiera registrado ya Enrique Bernardo Núñez.